

querido hermano, reciba nuevas y peligrosas sensaciones con el espectáculo de la muerte. Id á acompañarla y cuidad de que de ningún modo salga de su aposento.

Dispusiéronse á salir todos los cortesanos, empero el fraile permanecía siempre inmóvil y de rodillas al lado del féretro.

—No habeis oído, padre, dijo Enrique dirigiéndose al fraile.

Hiciéronle entonces presente algunos de los señores que el deber de aquel religioso era el estar orando cerca del cadáver hasta el momento de terminarse los funerales.

—Cuando yo estoy aquí, dijo con autoridad Enrique, no hay necesidad de que ninguno se quede á orar, y cuando yo mando todos deben de obedecer.

Levantóse humildemente y sin proferir una sola palabra el fraile, y haciendo una reverencia se dispuso á salir con los demás.

—Marchad y aguardad en la antecámara, le dijo Enrique... volveréis á continuar vuestras santas oraciones cuando yo salga de aquí. En el entretanto que nadie entre aquí sin órden mia.

Quedóse solo Enrique y brilló en su rostro, un instante antes tan triste y dolorido, un rayo supremo de felicidad. Era al fin dueño del poder, objeto de la ambición de toda su vida. Acercóse al féretro porque tenía su alma necesidad de contemplar á aquel hombre, su soberano ayer, y entonces inmóvil y helado... dió dos pasos atrás al contemplar aquel semblante cuyas miradas le parecían que se encontraban con las suyas... Avergonzóse de su ilusión pueril y se indignó de su cobardía, porque al querer mandar á los demás, tenía miedo de su propia imaginación.

El sonido lúgubre de las campanas de las iglesias de Gerona que anunciaban los funerales de Berenguer le tranquilizaron. El tañido de aquellas campanas celebraba á la vez su victoria.

Al ver la frente del cadáver ceñida con la corona condal, contempló que en ella era solo un vano simulacro, y que en las suyas iba á ser el emblema del poder.

Arrancóla del cadáver y se la ciñó en su cabeza con pueril satisfacción.

Pensaba que aquella corona seria un vano y frágil juguete, sin el acto de energía que fermentaba en su cabeza.

No tenía que vacilar, ni un momento que perder. Con febril agitación se sentó delante de la mesa y escribió:

—«Informado de que un audaz impostor, abusando de su extraña semejanza con el príncipe Alberto, intenta hacerse pasar por nuestro muy querido hermano, cuya sensible muerte lloramos, y con nosotros todo el condado; mandamos y ordenamos á todos nuestros vasallos que salgan en persecución de este traidor. El que, vivo ó muerto le entregare en nuestro poder, recibirá en recompensa de su cabeza la cantidad de mil ducados de oro.—Firmado por Nos.—ENRIQUE.»

Después fué á coger el sello del Estado tomándolo de la bandeja de plata donde se hallaba colocado.

Mientras tanto que había estado escribiendo Enrique el fatal decreto, en que ponía á precio la cabeza de Alberto, el color había ido volviendo á las pálidas mejillas del conde Berenguer, y sus ojos cargados de un profundo sueño, habían ido abriéndose poco á poco, y sus miembros, rígidos por el frío, habían ido recibiendo un suave calor, y con este la vida y el movimiento.

No era un cadáver lo que contenía el féretro, si un hombre adormecido en un profundo letargo, que al cabo de al-

gun tiempo volvía en sí. Incorporóse en su lecho fúnebre, y bajó lenta y pausadamente de su enlutado catafalco. Paso á paso y sin sentir, llegóse hasta donde se hallaba Enrique, al que arrancó de su cabeza la corona conal diciéndole:

—¡Sacrilego! ¡Sacrilego!

Volvióse espantado Enrique, retrocediendo á la vista de aquel espectro, al que miraba con aterrados ojos dirigirse hacia él.

—¿Qué me quieres, fantasma?... exclamó. ¿Por qué pálido é irritado te levantas contra mí? ¡Perdon!... ¡Perdon!... ¿Marchate?

Y continuaba siempre retrocediendo, con los ojos clavados en Berenguer.

Acercóse hasta el lecho fúnebre, que miró y tocó asustado y fuera de sí, y lo halló vacío.

Entonces vió claramente que no era un fantasma, un espectro lo que tenía delante de sí... sino que era el mismo Berenguer.

Ya no tuvo entonces miedo.

Berenguer, como tratando de evocar sus recuerdos, había echado de menos al despertar al fraile, que al presentarle el día antes la copa con la medicina, en lugar de veneno que Enrique había vertido en ella, le había dicho: dormid: Alberto y yo os despertaremos, y así preguntó:

—¿Dónde está Alberto?

—No sabeis que ha muerto, contestó Enrique que conoció que le habían vendido.

—¡Oh no! no ha muerto... No, dijo Berenguer.

—Escuchad, le dijo Enrique: cada minuto y cada palabra son un tiempo precioso. Pronunciad una sola palabra, abro esas puertas, llamo á todos y anuncié al mismo pueblo que os llora, la milagrosa curación de mi padre...

—¿Y cuál es esa palabra?

—Vuestra abdicación...

—¿Mi abdicación?

—Y vuestra firma en este edicto, añadió Enrique presentándole el papel que antes había escrito.

—¡La proscripción de mi hijo!

—Es un impostor.

—¡El impostor eres tú!...

—Desgraciado!... le dijo con furor Enrique; ¿no oyes ese clamor fúnebre de las campanas; no ves ese catafalco de que acabas de levantarte?... Solo yo sabe aquí que existes... Solo estoy aquí cara á cara contigo, débil anciano, á quien puedo volver hacer acostarse en ese lecho fúnebre... del que no volverías á levantarte.... Firma, te digo.

—¡Nunca! dijo con firmeza Berenguer.

Entonces exasperado, fuera de sí Enrique, seguro de su victoria con un anciano y debilitado con su largo paroxismo, se arrojó sobre él y le echó las manos para ahogarlo, dejándolo caer al suelo.

Al golpe entró Pedro, que era el que con el disfraz de fraile había dado al conde el medicamento, y el que de rodillas había velado tan devotamente á Berenguer, hasta que había sido arrojado de la estancia mortuoria de Enrique.

Agarró con fuerza á éste por la garganta diciéndole:

—¡Llegó tu hora!... Veremos si es mas firme tu mano que la mia.

Mirólo Enrique, y conoció en el fingido fraile al bandido Pedro, exclamando:

—¡Pedro!

—Sí, Pedro, contestó éste; tu padre adoptivo, que hubiera debido, querido hijo, ahogarte así en tu cuna.... como está dispuesto á hacerlo ahora mismo.

AÑO XXIV, 15.

SEGUNDA SERIE.—1866.

—¡Miserable! te atreves á poner la mano sobre tu príncipe.

—Príncipe tú, contestó Pedro riéndose; tú no eres mas que el hijo de un bandido.

Llamó Pedro y á su voz acudieron varios cortesanos.

—Prended á ese miserable, dijo el conde Berenguer, á quien todos oyeron con asombro al verle resucitado y en pie, cuando pocos momentos antes le habian contemplado muerto y tendido en el féretro.

—¡Atrás! les dijo Enrique; pues que la corona se me ha escapado de las manos, yo mismo sabré castigar mi mala ventura ó mi torpeza.

Y apostrofando despues violentamente á Pedro le dijo:

—¡Maldito seas! tú, que me has traído desde una cabaña á un palacio y has hecho germinar en mi alma la ambicion, á todos os desafío; y tú, viejo imbécil, que me has mirado como un hijo, no has de ver que el tuyo verdadero, Alberto, que tantas veces se ha escapado á mis mejor combinadas tramas, sea por un momento mi señor.

Dijo, y clavándose en el corazon un puñal que llevaba debajo de su justillo de terciopelo negro, cayó instantáneamente muerto á los piés de Pedro, hácia quien con furor lanzó al caer una terrible mirada.

Mientras esta pavorosa escena se verificaba en el palacio de Girona, se habia presentado en las puertas de la ciudad el príncipe Alberto y á su lado la princesa Blanca de Puigcerdá, rodeados de los pocos pero valientes partidarios que les habia proporcionado el genio sagaz y emprendedor de Pedro.

Al ver á Alberto los soldados del conde Berenguer, aunque algo pálido y demudado el semblante por sus recientes padecimientos, no pudieron menos de reconocerle, porque la presencia á su lado de Blanca, era un poderoso testimonio de su identidad.

En vano intentaron los agentes de Enrique oponerse á su entrada. El pueblo se unió á los soldados fieles, en medio de sus fervorosas aclamaciones y le acompañó hasta el palacio de su padre.

La condesa Sibila bajó hasta la misma puerta, recibió en sus brazos al hijo que tanto habia llorado por perdido, y á la hermosa Blanca su prometida, que con él habia compartido sus peligros.

Abrazados los tres llegaron hasta la estancia del conde Berenguer, cuya aparente muerte afortunadamente habian ocultado á la condesa por órden de Enrique.

Tuvieron que apartar á un lado el cadáver del autor de tantas criminales intrigas y cuyo resultado habia sido el ser el únicamente la víctima.

Pedro, que habia sido el alma de aquella favorable reaccion, recibió en premio de sus grandes servicios presentes el perdon de sus grandes crímenes pasados.

Fué además Pedro nombrado capitan de las guardias del príncipe Alberto, cargo de que le hacia digno su valor y el haberle salvado dos veces del puñal aleve de los partidarios de Enrique.

Juana vivió contenta al lado de su marido, ya hecho un hombre de bien, cuya conversion, origen despues de sus buenas obras, se habia debido únicamente á su presencia, cuando iba á levantar sobre ella el puñal por órden de Enrique para matar con ella el secreto del nacimiento de aquel malvado.

Juana recibió además como regalo del príncipe Alberto una magnífica granja que hizo éste construir en el mismo sitio en donde se hallaba la cabaña del barquero, y que

para salvarle habia sido reducida á cenizas por el mismo Pedro.

Tampoco quedó olvidado por la liberal generosidad de los condes de Girona, el hermano de Juana, el buen Luis, principal instrumento de la salvacion de Alberto, y el que lo habia pescado milagrosamente en sus redes en las orillas del Ter.

Berenguer mostróse tan agradecido con Pedro porque le habia devuelto la vida y un bien para él todavia mas precioso..... su hijo el príncipe Alberto.

El cadáver del suicida Enrique fué sacado de noche al campo y costó no poco trabajo el evitar que el pueblo, enterado de su odiosa impostura y de sus atroces crímenes, no lo arrastrara por las calles y lo hiciera pedazos.

El conde Berenguer y Sibila vivieron aun muchos años, llegando á una feliz ancianidad y viendo crecer en derredor suyo hermosos nietos que les dió la union de Alberto y de Blanca y con los que se prolongó en Girona por mas de dos siglos la respetada y poderosa familia de Berenguer.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA MEZQUITA DE CORDOBA

Y FUNDACION DEL CALIFAZGO DE OCCIDENTE.

I.

Así como las familias de renombrado blason é ilustre alcurnia hacen muestra de preciadas joyas y raras antigallas de primoroso artificio, como títulos irrecusables que acreditan la mucha valia de sus progenitores y esclarecido timbre del solar que les dió nacimiento, así tambien la grandeza de los monumentos públicos en que las naciones escriben su historia, sembrando con ellos el territorio que habitaron, son como pruebas terminantes para las generaciones venideras del poderio ó abatimiento, cultura ó rudeza de los tiempos anteriores.

Sin miedo de que la pasion arrastre nuestra pluma, que bien pudiera suceder si no la tuviésemos á raya, segun nos lleva la inclinacion á tributar aplauso á las glorias de aquénde los Pirineos, no vacilamos en afirmar que, dejando aparte la capital del Orbe católico, ningún pais puede competir con España en edificios grandes, ruinas interesantes y prodigios de arte, cual solo es dado concebirlos y darlos traza á un pueblo ardiente en su fé, firme en su carácter, poderoso en sus medios é incomparable en riqueza de fantasía. Satisfechos aquellos hombres con ejecutar las portentosas creaciones de su bizarro genio, que aun juzgaban pobres y sin valer segun el espíritu que les animaba, desdenaron escribir la crónica de sus propios hechos, en términos de ignorarse hasta el nombre de la mayor parte de los maestros sublimes encargados de dirigirlos. Realícese la idea y lo demás es nada, pensaron en su entusiasmo generoso: *Fagamos una catedral que nuestros descendientes nos pongan de locos*, acordaba el cabildo de Sevilla al determinar la ereccion de su iglesia metropolitana. He aquí la causa por que la mayor parte de nuestras grandes construcciones yacen sumidas en el olvido, muy al contrario de algunas de otros pueblos, que aun teniendo mucho de buenas, se hallan distantes de merecer la fama que disfrutaban,

gracias á los esfuerzos empleados para conseguirlo. No venimos nosotros á remediar este daño, ni siquiera en pequeña parte, pues harto profanos en la materia, desvanecerse nuestra vista al contemplar tanta belleza, quedando confundidos para ejemplo lastimoso de audaces entendimientos, que sin facultades naturales lanzan su rumbo á regiones desconocidas, vedadas á la cortedad de su vuelo. Por esta razon hemos de ser muy parcos en cuanto se refiere á la historia monumental de las bellas artes en nuestra querida patria. Nada diremos de las suntuosas termas, puentes y acueductos, vastos anfiteatros y sólidos caminos que la orgullosa Roma construyó á manos llenas en la Tarraconense, Bética y Lusitania; nada tampoco de las incomparables catedrales donde la imaginacion absorba de una en otra maravilla, encuentra la realidad superior á toda hipóbole, y llegados á contemplar de cerca los alcázares y aljamas arábigas, delicados cual un calado de filigrana, sólidos á manera de los templos de Balbeck y Menfis, admirando el arte sublime de los alarifes de Oriente que levantaron tales obras, elegiremos una tan sola para con ayuda del buril dedicar á ella algunas líneas que á falta de mas digna loa, sirvan siquiera de apuntamiento á su fama y la de sus heroicos fundadores.

Y con esto y recordar el título de nuestro pequeño escrito, démosle principio sin mas dilaciones.

Ocupaba Meruán, décimocuarto califa de la ilustre familia de los Beni-Omeyas, el trono imperial de Damasco, agitado por las contiendas civiles y mal respetada la suprema autoridad en las provincias lejanas, que conocidamente caminaban á emanciparse. Azarosos eran los tiempos para el jefe del Islam, pero no juzgaba tan inmediato el riesgo como se le presentó en breve plazo.

Los descendientes de Abbas, tio de Mahoma y abuelo de Ali, yerno del Profeta, como esposo de su hija Fátima, aspiraban hacia tiempo á suplantarlo en el trono á la raza de los Omíadas. Ayudado por las revueltas, juzgó uno de ellos, Abul-Abbas el Seffah, oportuna la ocasion, y con el auxilio de su tio Abdallah y del vazir Abu-Moslema, modelo de ferocidad oriental, que se jactaba de haber muerto á medio millon de hombres, enarboló el estandarte negro de los Abasidas (Beni-Alábas) contra el blanco de los Omeyas. En vano Meruán proclamando la guerra santa convocó en su alrededor á los defensores de la dinastia legitima, pues en una batalla perdió la vida á manos de Sahed, hermano de Abdallah, dejando con esto vacante la corona que su rival no tardó en ceñirse.

De una manera horrible abusaron los vencedores de su triunfo. Todos los individuos de la noble estirpe de los Omíadas que cayeron en sus manos, fueron asesinados con bárbara locura. Unicamente el tio del nuevo califa pareció querer poner un término á la discordia, dando asilo cerca de sí á noventa miembros de la ilustre familia proscripta y convidándolos á un festin en testimonio de sus pacificas intenciones. Pero en lugar de los esclavos que aguardaban llegasen á servirlos esquisitos manjares, vieron entrar numerosa turba de verdugos, que los apalearon sin compasion hasta dejarlos por muertos. Aun no contento el feroz Abdallah, hizo cubrir con una alfombra los noventa cuerpos palpitantes y recostado en compañía de sus aliados en aquel horrible lecho, saboreó largo rato las delicadas viandas prevenidas, al compás de los gemidos y sintiendo las convulsiones de sus víctimas moribundas.

En Bassorah otro tio de Abul-Abbas, hizo degollar á los Omíadas que allí existian, arrojando sus cadáveres á los

campos, para que los perros y aves carniceras les diesen sepultura en su vientre.

El único vástago de la esclarecida familia que pudo librar su vida de tan furiosa persecucion, por hallarse ausente de Damasco al verificarse los asesinatos, fué un mancebo de veinte años, Abderrahman-ben-Moawiah, nieto de Hixem, décimo califa de los Omeyas. Refugióse primero á Egipto: de allí despues de vagar de un pueblo en otro, siempre perseguido y espiado, tuvo que pasar al desierto de Barca, donde le acogieron las tribus agrestes que recorren su vasta soledad. Al abrigo de aquellos aduares de pastores guerreros, hizo su aprendizaje el jóven proscripto para las grandes empresas á que le destinaba la Providencia. Sóbrio entre los hombres mas frugales del universo, ágil al lado de cazadores acostumbrados á fatigar á la gacela en su carrera, diestro en manejar un caballo donde la cualidad de jinete se adquiere antes de salir de la primera infancia, á todos admiraba y de todos era querido, pues no se le ocultaba la gran ventaja que los conocimientos aprendidos en la corte añadian á las cualidades naturales del noble Omíada. Pero aun hasta en aquel ignorado rincón le persiguió el encono del califa. Un grueso destacamento de caballería hizo alto en una ocasion junto á las tiendas alzadas en el arenal. —¿Ha llegado por aqui, preguntaron á los beduinos, Abderrahman el Beni-Omeya?— Aquí ha venido hace tiempo, respondieron, un jóven cuyo nombre ignoramos; actualmente ha salido con otros mancebos á la caza de los leones: hacia la cañada que veis lejana podreis encontrarle. —Y les indicaron un valle en el último punto del horizonte. Mientras los esbirros de Abul-Abbas corrian engañados en su busca, huía Abderrahman, avisado del peligro, escoltado por seis briosos compañeros del aduar que se brindaron á seguirle.

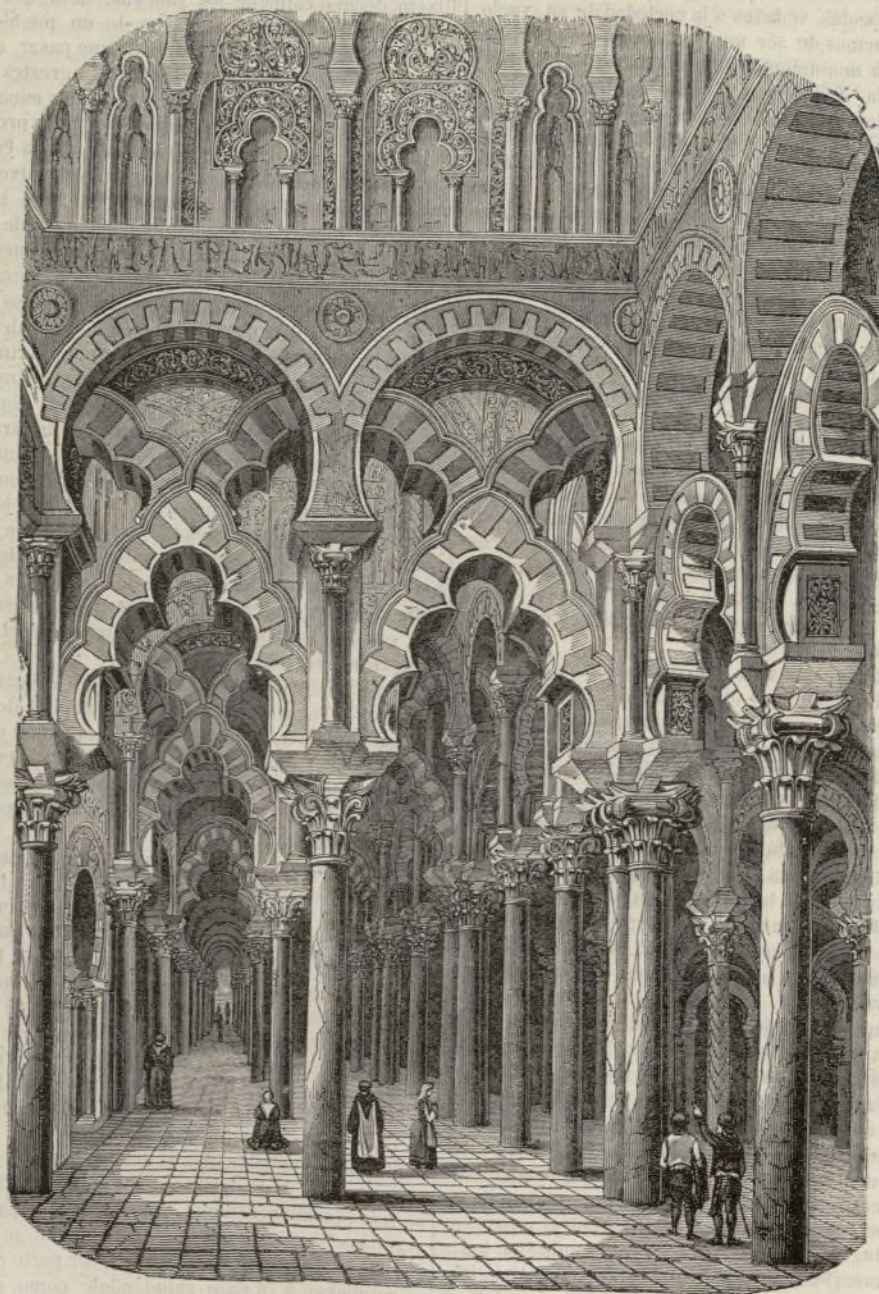
Arrostrando peligros de todo género, llegaron los siete fugitivos á Tahart en la Mauritania, capital de la tribu de los zenetas, de donde era originaria la madre de Abderrahman. La desgracia del jóven príncipe, su aspecto noble y amable trato le captaron el aprecio de todos los jeques, proporcionándole una nueva patria en compensacion de la que le repudiaba.

Sucedía esto en ocasion que los musulmanes españoles se destrozaban entre sí, ardiendo en guerra las provincias mas fértiles, victimas de las rivalidades y enconos de los caudillos particulares. El mismo esceso del mal proporcionó el remedio, pues congregados en Córdoba hasta ochenta venerables musulmes, convinieron en elegir un jefe que los gobernara con independencia del imperio de Oriente, visto que no podian esperar remedio de la corte de Damasco. La eleccion unánime recayó en el prófugo Abderrahman, acordando asimismo que una comision pasase al Africa á ofrecer al huérfano Beni-Omeya un trono en la península española. En el pobre aduar de la rústica tribu que le albergaba, hallaron los comisionados al destinado para fundar un nuevo califazgo, émulo del de Oriente, y de allí tambien, acompañado por mil caballeros zenetas, partió para las costas argelinas, de donde con próspero viento se trasladó á las playas de Almuñecar (755). La mayor parte de los pueblos se agolpaban á su paso saludándole como á señor. «Dios ensalce á Abderrahman-ben-Moawiah,» resonaba por todas partes, pero tampoco le faltaron émulos á quien combatir. Los parciales de los Abasidas, los infinitos interesados en el público desorden, se prepararon á guerrear contra el nuevo soberano, que bien conocian habia de ahogar sus bastardas ambiciones.

II.

Todo el largo reinado del primer Omíada fué una pen-
renne lucha, en la que siempre vencedor pero sin poder

nunca conseguir tranquilidad, apenas logró dedicar algun
raro intervalo á consolidar su dominio. En uno de esos es-
casos períodos concibió el proyecto de levantar un templo
en la capital del imperio que igualara si no escedía á los mas
soberbios del Asia y Africa, y dió principio á la grande alja-



Vista interior de la catedral de Córdoba.

ma ó mezquita de Córdoba sobre el mismo plano que la de
Damasco (770): pensamiento sublime en que sin duda no
tuvo escasa influencia la idea de apartar á sus súbditos de
la dependencia moral de Oriente en que los conservaba la

veneracion á los santos lugares de la Meca y Medina. Para
dar aliento y estimular á los operarios, trabajaba Abderrah-
man una hora cada dia cual un simple peon; mas á pesar de
tanta diligencia y haber invertido en la obra por valor de

cien mil doblas de oro, solo se hizo en su reinado la parte principal desde el muro de Occidente hasta la undécima nave inclusive; la gloria de terminarla estaba reservada para su hijo Hixem (793). Destinó para subvenir á los gastos necesarios el quinto de los despojos que le correspondia de las victorias obtenidas por sus tropas en la Narbonense, y aun hay quien afirma que hizo trabajar como obreros á los cautivos apresados en aquella expedicion, circunstancia que sin duda originó la creencia general de haber hecho trasladar en hombros de cristianos los escombros de Narbona para emplearlos en el nuevo edificio. Siguiendo la enseñanza de su padre, dedicaba tambien algun rato cada dia á trabajar en él personalmente.

Oigamos ahora á un historiador árabe, cual se hallaba este monumento poco despues de su conclusion, antes de informar á los lectores, aunque brevemente, de su estado actual.

«La grande aljama de Córdoba aventajaba en magnificencia á todas las de Oriente: tenia de longitud 600 piés y 250 de latitud. Formábanla 38 naves á lo ancho y 19 á lo largo, sostenidas por 1,093 columnas de mármol: 19 puertas forradas de láminas de bronce preciosamente trabajadas, daban entrada á su *alquibla* (1) y la puerta principal estaba cubierta de planchas de oro: tenia nueve puertas á Oriente, y á Occidente otras tantas. Sobre la cúpula mas elevada brillaban tres bolas doradas y encima de ellas una granada de oro: para la oracion de la noche alumbraban el interior 4,700 lámparas que consumian 24,000 libras de aceite al año y 120 libras de aloe y ámbar en sus perfumes: el *atanor* del *mihrab*, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro y admirable por su estructura y grandeza.»

Abdelhalin el Granadino, que tuvo el capricho de averiguar las tejas que cubrian el edificio, dice que eran 467,300.

En el sitio que hoy ocupa hubo en tiempo de los romanos un templo dedicado á Jano, y en el de los godos una iglesia y fortaleza dedicada á San Jorge, donde hicieron resistencia los cristianos á los invasores en 711, que solo despues de tres meses de sitio la tomaron por asalto, pasando á cuchillo á sus defensores.

Ya hemos dicho bastante de su origen y esplendor durante los emires y califas.

Despues de la reconquista fué con mejor destino convertida en catedral por San Fernando en 1236, y aunque ha sufrido muchas variaciones conserva en la actualidad la misma forma que la dieron los musulmanes.

Es su planta un cuadrilongo de 620 piés de largo y 440 de ancho, pero su elevacion no corresponde, pues solo asciende á 35. Las puertas solo son 13, formadas cada una de un arco adintelado contenido en otro árabe. Las doblas de ambos arcos alternan en sus labores, siendo unas compuestas de graciosas labores de pequeños ladrillos blancos y encarnados formando mosaico y otras de estuco. El interior está dividido en 19 naves de otros tantos piés de ancho cada una, escepto la principal que mide 23; se dirigen de Norte á Sur, y estando cruzadas de Este á Oeste por otras 21, las cuales solo tienen de ancho 9 piés: se hallan formadas con arcos sostenidos por 850 columnas de jaspes diferentes, aunque todos de gran riqueza. Cada columna tiene pié y medio de diámetro y de 8 á 10 diámetros de altura. Entre sus capiteles, que son de diversas clases, hay mu-

chos corintios, que se presume sirvieron en el templo de Jano. Sin duda por igual razon corresponden algunas de sus bases al órden dórico. El techo de la mezquita era de madera de pino de alerce. El *mihrab* ó lugar sagrado, que está hacia la parte Norte, era lo mas notable del templo mahometano, y los detalles de su construccion escuden en mérito á todo elogio, siendo de lo mas perfecto que produjo la arquitectura árabe, es de forma octógona, y su pavimento de grandes losas de mármol blanco, está gastado en extremo todo alrededor, sin duda del continuo roce de los peregrinos que acudian allí á prosternarse y dar siete vueltas como en la Kaaba de la Meca. En este sitio se veneraba un ejemplar del Koran, escrito por mano de Othman, compañero del Profeta, regalado á esta mezquita por el primer Omniada, que pudo salvarlo de la catástrofe de su familia. En el dia se conserva en Constantinopla en el Tesoro del Gran Señor. La torre de la catedral que se alza al lado de la puerta mayor llamada del Perdon, ocupa el mismo sitio que el alminar de los árabes y fué renovada á últimos del siglo XVI. Su planta es un cuadrado de 40 piés cada frente, la elevacion total es de 332, se divide en cinco cuerpos y remata en una gran estatua dorada del arcángel San Rafael, patron de la ciudad. El número de campanas sube á 15, de las que la mayor llamada Santa Maria, aseguran tiene de peso 400 arrobas. Mencionaremos tambien el famoso patio de los Naranjos, que fué restaurado en el siglo XVI adornándole con cinco fuentes, y la gran cisterna que existe debajo, formada por un cuadro abovedado sostenido por grandes postes y divididos en tres naves de 55 piés. Sirve ahora de osario.

No bastarian volúmenes enteros á enumerar las preciosidades que atesora el famoso templo cordobés, donde segun la espresion de Victor Hugo, el ojo habia de perderse en maravillas. Demos término con lo dicho á la breve reseña de su historia política y monumental para hacer plaza á una de las famosas tradiciones que la voz pública añade á su crónica cierta, pues no pudiera carecer tan renombrado edificio de ese misterioso barniz con que el vulgo embellece todo lo que impresiona su imaginacion.

EL SACRÍLEGO POR DESDENES.

I.

Despues de haber paseado largo rato por una desierta calle de Córdoba un árabe de gentil presencia, vino á sentarse bajo las ventanas de cierta casa, cuidadosamente cerradas con densas celosías, sobre una especie de cornisa, que corriendo por delante del edificio se alzaba como dos piés del suelo á manera de pedestal. Aun estuvo suspenso algunos momentos, hasta que viendo que la hora favorecia sus intenciones de permanecer desconocido, pues iba ya mediada la noche, descubrió un laud que debajo del capellar llevaba oculto, y despues de algunos ligeros preludios, alzó la voz entristeciendo los ecos con la siguiente querella:

Niña de los negros ojos
Y la frente de azucena,
Hoy ha de acabar mi pena
Al rigor de tus enojos.
Pues viendo inútil la queja
Que solo aumenta mi daño,
A impulsos de un desengaño
He de morir á tu reja.

(1) Sitio donde los musulmanes se colocaban para orar con el rostro vuelto á la Meca, y escuchar las instrucciones del imam ó sacerdote.

Dime ¿viste acaso en mí
Prendas de poco valor,
Indignas del puro amor
Con que suspiro por ti?
¿No sabes que de Leon
Entré en Córdoba aplaudido
De cabezas guarnecido
El pretal de mi brido?

Sin duda llevaba idea el amartelado galán de seguir adelante con sus tristes endechas á no haberle atajado el dulce tañido de una guzla que se oyó detrás de las celostas, y á poco un acento de mujer, fresco y purísimo, entonar esta canción:

En vano, Almanzor gallardo,
Con tu nevado corcel,
Surcas, cual el aire leve,
La margen de mi vergel.
En vano rondas la calle
Embozado en tu alquicel,
Pues vive Gazul por Zaida
Y Zaida vive por él.

Nunca sentencia fué notificada en forma tan armoniosa, ni tampoco recibida con menos pruebas de conformidad, pues apenas estuvo seguro que la voz no continuaba, púsose en pié y desfogando su rabia en el inocente instrumento que tenía entre sus manos, hizole astillas contra los sillares de la casa, y apretando los puños comenzó á lanzar denuesos á la ingrata que así le despreciaba, renegando de Mahoma que tan mal ayudaba sus proyectos.

A suerte pudo tener no ser oído mas que por una encubierta señora que salió á encontrarle de una callejuela inmediata, y acercándose hasta poner la boca cerca de su rostro, dijo asiéndole del brazo:

—Yo conozco otro poder que podrá venir en tu ayuda mejor que lo ha hecho el falso Profeta.

—¿Por vida de Allah! exclamó el árabe volviéndose con la furia de una serpiente, ¿dónde habré de buscarle? ¿cuál es su nombre?

—Es el Dios alma del mundo, adorado en los antiguos templos de Persépolis y Ecbatana bajo el simulacro del fuego sagrado. Si quieres adoptar la doctrina del divino Zoroastro dedicándote á su servicio, yo te prometo esa beldad ingrata como principio de mayor ventura.

—Al mismo infierno bajaré contento si logro ver encerrada entre las esclavas de mi harem á la desdeñosa que así destroza mi corazón. Habla, pues, porque no apetece el sediento ciervo la fuente de aguas vivas como yo el remedio que me propones.

—Sígueme, respondió la dama empezando á caminar á paso ligero delante del furioso enamorado.

Anduvieron uno en pos de otro multitud de calles hasta parar en un descampado, al término del cual tocaron en un pabellón ó kiosco oculto por frondosos álamos, cuya puerta les dió paso á un estenso vestibulo rodeado de pequeños aposentos, abierto en la parte superior y ocupado en su centro por dos altares donde ardía el fuego permanente, que un agraciado muchacho cuidaba de alimentar con maderas olorosas. Entonces ya apartó la incógnita el velo que rebozaba su rostro, mostrándose á la vista de Almanzor con esa belleza dominadora, solo concedida á las mujeres cobijadas bajo la sombra de un solio; tan poderosa que, gracias á su influencia, apaciguó Semiramis una sedición presentándose al pueblo á medio vestir.

—Aun puedes volverte, dijo á su compañero, considera que vas á consagrar al mazdeísmo tu cuerpo y alma con un pacto terrible.

—Conozco bien la religion que dominaba en Persia antes de ser invadida por nuestros mayores, y hoy transportada á la Peninsula con tus compatriotas establecidos en Loja y su comarca, respondió el desatentado mozo; el sabeísmo (1) fué tambien el culto de mis abuelos anteriores á Mahoma, y no tengo motivo para despreciar lo que juzgaron bueno tantas generaciones. Acabemos de una vez. ¿Qué debo hacer para renegar del Islam?

Apenas dichas estas palabras, sacudió la dama tres golpes sobre una plancha de metal con una varilla de lo mismo, que cogió de junto á un ara, acudiendo á su llamamiento, graves y silenciosos, hasta una docena de hombres vestidos con luengos trages talaros y adornada la cabeza de altas tiaras á la manera de los sacerdotes de Mitrha: á sus espaldas se cerraron las puertas que guarnecian el vestibulo y comenzó la ceremonia sacrificando un cordero blanco sobre un montoncillo de tierra cubierta de césped que se levantaba entre los dos altares, ó mas bien hogares del fuego sacro. Concluida esta primera parte, el que parecía desempeñar el cargo de pontífice supremo, entonó un cántico simbólico mientras obligaban al iniciado á pasar repetidas veces á través de las llamas avivadas para el caso con nuevos combustibles. Hecho esto, desaparecieron los ministros del mal espíritu dejando á la seductora maga espacio para completar su obra.

—¿Que Moloch sea contigo! dijo al infeliz alucinado. Acabas de consagrarte á las deidades terribles á quienes desde el mar de Fenicia hasta las riberas del Indo, doblaban los pueblos la rodilla, sin embargo de la oposicion de los profetas de Israel: á tu voz obedecerán los elementos, como los mandes en su nombre, y en tanto que Beelfegor te reserva largos años de poder, escucha el premio que Astartea guarda para tí, si á ejemplo de Salomon el Sabio la idolatras como él lo verificó.

—Hace rato que me tienes en incertidumbre, respondió el jóven.

—Después de pasada la media noche, acude mañana á la grande aljama, y contando desde el pié de la sétima columna del lado izquierdo antes de llegar al *mihrab*, levanta la tercera losa y bajo de ella encontrarás oculta una figura de cera como de dos palmos de alta, atravesada la frente con una aguja de plata. Cuando quisieres atraer á tu lado sin defensa á la ingrata Zaida como dominada por un letargo, solo tendrás que derramar parte del liquido que yo he de darte, en un recipiente de cobre y aplicarle fuego delante de la imágen. Para que Zaida se retire, has de sacar la aguja de la figura y dejar apagar la llama sin soplarla, pues el aliento de un mortal ajaria su pureza.

—¿Y cómo penetrar en la mezquita á ejecutar la obra necesaria?

—A la hora señalada acércate á la puerta, y allí encontrarás quien te dirija y ayude.

—¡Ah, señora! ¿Cómo podré agradecer tanto interés como demuestras por mi felicidad?

—Estando pronto con tu valor y parciales á combatir, cuando sea necesario, porque los persas constituyan un estado independiente en la feráz Andalucía.

(1) Adoracion de las constelaciones celestes, muy extendida en Arabia antes de recibir el Koran. Formaba parte de la religion de los magos ó adoradores del fuego.

—¡Otra sublevacion mas! replicó Almanzor, no es mucho para tan buen premio.

II.

Sentimos á par del alma hallarnos condenados á referir una leyenda ocurrida en medio de las tinieblas, lo que unido á las operaciones diabólicas que en ella tienen lugar, la comunican cierto aire fatídico y sombrío, muy ageno de nuestro carácter; pero es lo cierto que no ha sido posible acomodar las cosas de otro modo: á mitad de la noche dimos principio, y á la misma hora, dos días despues, nos encontramos á la sazón ocupados en observar el rumbo de tres hombres vestidos á usanza de los mercaderes musulmanes, que por su parte parece ponen grande interés en alcanzar á una especie de blanca fantasma que á buen paso camina por una calle de Córdoba. Aguijando cuanto fué necesario, consiguieron su deseo para dar lugar á mayor asombro al encontrarse con una bella jóven sin mas abrigo que la túnica y calzoncillos con que acostumbraban dormir en Oriente las mujeres, que sin hacer aprecio de ellos, á pesar de tenerlos á el lado, continuaba impasible, fija la mirada al frente y sin alterar su marcha. Quiso el uno detenerla, pero acudió inmediatamente á estorbarlo el de mas edad, diciéndole:

—Espera, señor. Esta doncella se mueve dormida á impulsos de una fuerza estraña, y si se la despertase súbitamente podria morir: mejor será que continuemos siguiéndola para ver donde se detiene.

—Que me place, respondió el primero: no he de retirarme sin dar cima á esta singular aventura. Precaucion, y vamos adelante.

Haciéndolo así llegaron á un pequeño postigo, que cedió al leve impulso de la sonámbula, sin duda por estar entornado para el caso, y todos penetraron en el patio adornado con frutales y saltadores que, comunicando al ambiente suave frescura, daban indicios de la grandeza del dueño. Quisieron algunos esclavos negros apostados á la entrada, rechazar á los forasteros que seguian á la jóven; mas viendo adelantarse al que antes habia querido pararla, descubierta la faz y puesto un dedo sobre los labios en señal de imponer silencio, cayó de hinojos la cuadrilla hasta tocar su frente sobre las losas del pavimento, en cuya humilde actitud continuaban todavía, aun despues de ocultos los inopinados huéspedes en lo interior de la casa. ¡Tal miedo les infundió la terrible presencia del mercader! Este por su parte caminaba de una en otra sorpresa, casi tropezando con la dormida niña, admirado al ver la seguridad con que su guía penetraba por salas y corredores como en lugar conocido, hasta que llegó á un secreto alhambra ó alcoba, término al parecer de su expedicion, pues sentándose sobre un mullido lecho rendida de fatiga, comenzó á derramar un diluvio de lágrimas con angustia tan grande, que fué menester toda la fuerza de alma del desconocido para no acudir á consolarla. Allí vió tambien colocada sobre una mesa, la figurilla que Almanzor habia desenterrado de la mezquita, alumbrada por la llama azulada del licor que la maga del fuego le suministró, y allí tambien se presentó impaciente el mismo Almanzor, creyendo satisfacer su mal deseo, pero muy ageno de pensar seria recibido por el emir Hixem en persona, pues no era otro el supuesto mercader, que derribándole en tierra con su poderoso brazo, le hizo maniatar por sus propios esclavos, ordenando al visir y jefe de sus guardias que formaban su séquito, le condujesen

á una mazmorra para ser quemado en público al otro día en castigo de la profanacion del lugar santo, confesada por el mismo delincuente.

El ministro, á quien no faltaba inteligencia en las ciencias ocultas, retiró la aguja de plata que atravesaba la cabeza de la figura, y con esto pudo Zaida volver á su domicilio sin despertar de su letargo, que siempre recordó en adelante como un ensueño penoso, pues hubo la consideracion de no mezclar nunca su nombre en el suceso.

La sublevacion de los persas de Loja se verificó sin otro resultado que su vencimiento y diseminacion por las provincias de la España musulmana.

Algunas razones en obsequio del buen sentido darán fin á nuestra tarea. Hemos sacado esta leyenda del mismo arsenal que ha salido en los tiempos presentes la evocacion de los espíritus, mesas parlantes, prodigios de la doble vista y tantos otros supuestos fenómenos, con que la charlatanería mas audaz se ha burlado de las gentes crédulas. No trataremos de pasar como moneda corriente la que solo es compuesta de impuro metal que mancha las manos que le tocan. El asunto del relato anterior, ya lo hemos dicho, solo es una conseja vulgar, autorizada por los efectos atribuidos al magnetismo animal, puesto en juego en apoyo del vicio.

Como las locuras de la especie humana son de fecha bastante remota, en todos tiempos se ha dado fé á semejantes patrañas, y los árabes españoles no fueron los últimos en acogerlas, con la desventaja para nosotros, que siempre se alzaron santas y autorizadas voces para condenar tan necios embustes; mas en nuestro ilustrado siglo en que al mismo Dios se le disputan los títulos de su Omnipotencia, aunque no faltan escritores con suficiente valor para arrancar á la impostura su máscara, apenas son oídos á través de la garrulería, que invadiendo el respetable campo filosófico, nos aturde con su perenne charla.

Terminaremos advirtiendo á nuestros lectores, ya que la ocasion viene á la mano, en nombre de lo mas sagrado, que no den crédito á los supuestos milagros del magnetismo, pues si bien hay en él maravillosas propiedades dignas de ser estudiadas, encierra tambien causas desconocidas, cuya solucion guarda en sí la mente suprema, tal vez para revelársela á los humildes. El pensar de otra manera, á más de ser un crimen religioso, suele llevar consigo el desprecio social.

DIONISIO CHAULIÉ.

ESTADÍSTICA DE LOS ACCIDENTES POR CAUSA DE LOS RAYOS. —De una nota presentada por Mr. Boudin á la Academia de Ciencias de París, extractamos los curiosos datos que á continuacion se espresan, sobre la estadística de los accidentes ocasionados por los rayos.

En el periodo comprendido entre los años de 1835 y 1863, esto es, en veinte y nueve años, ha habido en Francia 2,238 personas muertas en el acto por los rayos. El máximo anual ha sido 111 personas y el minimum 48; mas si al número de los muertos se agrega el de los heridos, el número total de las víctimas de los rayos excede de 6,700 y el término medio es de 230 al año. Las personas del sexo femenino son mucho menos acometidas por el fluido que las del masculino: así, pues, de 880 víctimas desde 1854 á 1863, solamente hay 233, menos de la tercera parte que pertenezcan al sexo femenino. Y lo que induciría á probar que hay cierta inmunidad particular, la de los vestidos de

seda por ejemplo, es que en muchos casos al caer el rayo sobre grupos de personas de ambos sexos, ha herido particularmente á los individuos del sexo masculino.

El autor de esta curiosa estadística cita dos personas que han sido muchas veces acometidas por los rayos, y una de ellas ha recibido *tres veces* semejante visita y en *tres distintas habitaciones*.

De 6,714 personas atacadas por el rayo, como la cuarta parte lo han sido debajo de los árboles, de suerte que si el efecto es la consecuencia de semejante situación, contra la cual los físicos recomiendan guarecerse, cerca de 1,700 personas habrían podido evitar la muerte ó graves heridas, huyendo de la proximidad de los árboles durante la tempestad.

Las víctimas del rayo son en mayor número en las regiones montañosas que en las llanuras.

NUEVA ZELANDA.

Llamada también *Tierra de los Estados*, *Tierra de Cook* y *Tasmania*: nombre dado á la reunion de las dos islas

Ika-na-Maoui y Tavai-Pounamou, separadas por el estrecho de Cook, y situadas en el Océano Pacífico austral, entre 34° 47' lat. S. y 164° 178' long. E. La Ika-na-Maoui ó isla del Norte es antípoda de España; tiene cerca de 150 leguas de N. á S. y 47 1/2 de anchura, y la Tavai-Pounamou, 151 de longitud y 47 1/2 de latitud; la población de ambas se calcula en 800,000 habitantes, (la isla del Norte es la mas poblada). Las dos están divididas en una gran porción de tribus enemigas é independientes, que habitan pueblos de muy poca importancia, como lo son todos los de estas islas. Una larga cadena de montañas las atraviesa y ofrece algunas cimas cubiertas de nieves constantes y de volcanes en combustion. Tiene rios caudalosos, costas muy desabrigadas y multitud de bahías, entre otras, las de las islas de Lauriston, de la Abundancia, Loukers, Dusky, etc. El clima es algo cálido; el suelo muy fértil (especialmente en la isla del Norte), con abundancia de excelentes bosques, pero muy pocos árboles frutales, helechos llamados pteris escolenta, célebre phormium tenax, yam, trigo de India, minas de ulla; de entre los mamíferos solo se hallan en estas islas el raton y el perro; carecen absolutamente de reptiles venenosos, y hay en ellas muchas aves acuáticas y peces. Sus habitantes son fuertes, valientes y belicosos, pero crueles y antropófagos. Los jefes se pintan el cuerpo. Los nuevos



Bosque Virgen en Nueva Zelanda.

zelandeses no tienen templos; pero en cambio tributan culto á algunos ídolos groseros: el tabu reina todavía entre ellos en toda su fuerza; los misioneros ingleses establecidos cerca del puerto Wangaroa no pudieron convertir ninguno. Su industria está limitada á la construcción de piraguas, esteras finas, redes, hachas, etc. La Nueva Zelanda fué descubierta por el holandés Tasman el año 1742, visitada por Cook en 1769, y después por Surville, Marion, Hwell,

Thompson, Freycinet, Dumont d'Urville (1769, 1772, 1815, 1816, 1818, 1827). Hacia el año 1835, la Francia fundó en Akarva, en la península de Banks (isla del Sur), un establecimiento que parecia deber prosperar, pero no sucedió así, porque la Inglaterra pretendió apoderarse de toda la Nueva Zelanda, hasta que en 1839 declaró las dos islas posesiones británicas.